



## **II Jornadas de Investigación en Humanidades**

**30, 31 de agosto y 1 de septiembre 2007**

**Universidad Nacional del Sur  
Departamento de Humanidades  
Bahía Blanca, Argentina**

### **Auspiciantes:**

**Fundación Ezequiel  
Martínez Estrada**

**Cátedra Libre de  
Derechos Humanos del  
Departamento de  
Humanidades de la  
Universidad Nacional  
del Sur**

**Textos menores, luces tenues: problemas para los textos marginales al corpus de investigación. El caso Murena en la investigación sobre los ensayos que interpretan el peronismo.**

Diego Poggiese  
Universidad Nacional del Sur  
dpoggiese@fibertel.com.ar

I – Apenas una anécdota

Hay una polémica breve en los inicios de la producción ensayística de Murena cuya trascendencia excede las diferencias entre las afirmaciones en pugna. Nos referimos a una que se podría describir como una secuencia formada por una moderada provocación, un berrinche y una explicación insuficiente, y que tiene como participantes a este escritor y a Victoria Ocampo. Las razones por las cuales esa discusión se vuelve relevante son menos importantes en cuanto a las afirmaciones formuladas en ella que en relación con las condiciones en que se produce. En efecto, el disparador del cruce de palabras es un comentario sobre un proyecto de Victoria Ocampo que Murena presenta en una especie de diario que el escritor comienza a publicar en *Sur* en 1949 con el título de “Los penúltimos días”. Para justificar la visibilidad que con el tiempo supo adquirir este episodio es necesario precisar aquello que vuelve singular el cruce. En primer lugar, debemos describir qué clase de texto forma la serie “Los penúltimos días”. Se trata de una especie de diario personal, en el que Murena propone, en escritos breves de altísima condensación, una mirada crítica sobre un episodio político o cultural contemporáneo. Lo novedoso está en que Murena introduce en la publicación de Victoria Ocampo reflexiones sobre cuestiones políticas y sociales contemporáneas. Por un lado, escribe sobre Irigoyen, Perón, los socialistas y su relación con el peronismo, los radicales y las campañas electorales, alguna decisión económica o política del peronismo, la política internacional. Por otro, sobre el ritual del cine, las discusiones políticas de la hora, acontecimientos del mundo cultural. La revista de Victoria Ocampo abre generosamente el espacio para que Murena escriba sobre lo que quiera, y Murena interpela, con voluntad de generar polémica, un escenario político y cultural complejo

como el de Buenos Aires de 1949. Curiosamente, uno de los hechos que Murena critica en uno de los primeros números es un proyecto de la misma Victoria Ocampo, que está pensado en la publicación de un libro sobre T.H. Lawrence. En esa ocasión, con cierta arbitrariedad respecto del proyecto de Victoria Ocampo, y en consonancia con el planteo que el mismo Murena había formulado en su ensayo más resonante hasta ese momento, a la necesidad del libro de Lawrence le opone la de uno de Sarmiento. En esta ocasión, más que las razones que se esgrimen en la discusión, nos interesa el gesto y el posicionamiento de Murena: tempranamente el escritor sobreactuaba su idea de la función del intelectual. Entonces, lo que en 1962 postulaba como “la subversión necesaria” del hombre de letras, que debía seguir un precepto extremo, cuyo horizonte es su propia anulación:

**Pues la esencia de la vida espiritual o humana es subversiva, revolucionaria: su religiosidad consiste en acceder sin cesar a barrer con lo muerto, a morir, para dar paso a lo vivo para renacer.** La toma de conciencia y la ejecución de la dialéctica subversiva el espíritu forman la tarea específica del hombre de letras, la cultura. (ESS, CITAR)

Ciertamente esta cita es muy posterior a aquella anécdota de 1949, pero de alguna manera condensa la naturaleza de los cruces que se generan en torno de Murena, no sólo en “Los penúltimos días”, sino a lo largo de toda su obra. Junto con “Los penúltimos días” se publican las réplicas de algunos de sus lectores (no solo la de Victoria Ocampo), y Murena, de alguna manera, recupera esas intervenciones para reforzar las tesis de sus enunciados. Una intervención de Nelly Saglio anticipa esa postura de Murena en el diario. Dice Saglio con ironía manifiesta:

En Murena hay otra cosa. Para permitirse orillar el bien y el mal- ¡ay! tan relativos- y emprenderla con los escrúpulos excesivos de los buenos socialistas, tan ingenuos y severos en la prédica de un mundo más justo, y tan solos en su inhumana abstinencia de todos los alcoholes, para permitirse todo eso, pienso, debe poseer el secreto de las grandes soluciones. Los de todos los bandos se hacen las preguntas últimas sobre cómo retomar en el país la línea de su destino, que cada uno ve desde su ventana. Los que no tienen ventana para mirar o manos para hacer, miran desde las torres. Desde arriba. Y yo, amigo Murena, mirando humildemente hacia su torre le pregunto con la unción de la plegaria: ¿Qué hace usted para cambiar las cosas? ¿Qué hacemos nosotros para mejorarlas?

La impugnación es el complemento dialéctico de la última afirmación de Murena en el diario anterior:

OCTUBRE 27. - Pienso que me hizo particular impresión el caso de Z. porque no hace muchos años también yo me golpeaba la cabeza contra los muros de esta *casa*, muros de humillación, de aniquilamiento. Me daba contra ellos para huir, porque el punto de vista

que me inculcaban era también un *no*, un *no* para mí, un *no* para el mundo, un *no* para todo. La suerte, con recursos de infortunio, quiso que no hallara la puerta de escape. Y entonces, poco a poco, fue surgiendo en mí esta persuasión: No hay que irse. El *no* que los muros enseñan y que nos lastima, porque nuestra existencia es un *sí* y queremos decir *sí*, hay que volverlo piadosamente contra esos muros. Es preciso castigar sin descanso a esta *casa* enferma y altanera, es preciso humillarla para que nos abra su más fértil mirador. Y esa tarea hay que proseguirla aunque puedan lastimárenos las manos, aunque el cerebro – que es el que presume que el punto de vista puede encontrarse fuera de esta *casa* – tenga que hacer enormes renunciaciones para descubrir las zonas en que los golpes serán más eficaces.

Las anécdotas son complementarias, y definen un modo de enunciación que es polémico en sí mismo, más allá de la polémica que puedan generar los enunciados mismos. Murena construye su obra en un movimiento en el que alterna la denuncia con la renuncia, la provocación con el silencio, el anacronismo de juntar planteos que van siendo olvidados con lecturas que aún no han llegado a ser discutidas. Ese Murena es una de las voces que participa en el complejo entramado de ensayos que construyen la interpretación del peronismo.

## II. Objeto de tesis y proyecto de grupo de investigación

El proyecto de investigación en el que participo tiene como objeto los ensayos de interpretación del peronismo. El objeto de mi tesis de doctorado es la obra ensayística de Murena. Ciertamente, no existe obligación de que ambos converjan, aunque en este caso podemos decir que, con ciertas restricciones, de un modo por momentos tangencial, la interpretación del peronismo pasa por la obra de Murena, y en ese sentido produce algunos textos significativos. Las revisiones de la ensayística en torno de este problema pueden dar cuenta solo de un ensayo que tiene al peronismo como eje central (y aún esto con reservas): nos referimos a “Notas sobre la crisis argentina”, publicado en *Sur* en 1957. Federico Neiburg se detiene sobre este ensayo, que no forma parte de ninguno de los volúmenes de ensayo de Murena, ni siquiera de las recopilaciones póstumas. Nuevamente, la singularidad de que una producción marginal en el recorrido de la obra del escritor cobra una importancia que lo excede en un marco de discusiones determinado. En ese ensayo, Murena señala que el peronismo es la culminación de un proceso histórico americano caracterizado por un pecado de origen que impide la constitución de su ser. De este modo, el estado de crisis en que está el país trasciende los límites del peronismo, y encuentra sus raíces en un mal congénito,

vinculado con la convicción que traían los conquistadores, que decían que el suelo americano era una factoría de la que había que huir una vez extraídas su riquezas. Para el escritor, fuerzas populares y fuerzas oligárquicas, partidos tradicionales y políticos de renombre confluyen en un proceso que por momentos se le manifiesta irreversible. Al menos, es lo que parece en 1957. Neiburg no presta demasiada atención a este ensayo, que presentado de esta manera, aislado del conjunto de su obra, se manifiesta ciertamente menor. No es lo más representativo de los ensayos sobre el peronismo del período post peronista, no tiene la voluntad comprensiva y programática ni el compromiso con la pugna que presentan otros ensayos contemporáneos. Esa vinculación se revela tangencial, apenas un punto en que Murena y el peronismo se chocan, mientras el escritor persigue otras preocupaciones.

Sin embargo, otras pistas nos orientan en una dirección en la que podemos pensar que la obra de Murena es importante para la comprensión del peronismo. Puntualmente, si tomamos este ensayo como un eje (arbitrario, aunque legítimo) sobre el que hacemos bascular el resto de su obra. Digamos: hay tres novelas en las que Murena recorre, desde múltiples perspectivas convergentes, el inicio del período peronista. Su cuento “El coronel de caballería” presenta en clave alegórica el espacio (no precisamente ajeno a las fuerzas que hegemonizaron el poder antes del peronismo) en el que se construye la figura de su líder. En *Sur* escribe, además “Los penúltimos días”, los ensayos con los que formaría su volumen *El pecado original de América*, que trata de dar forma al ensayo que tempranamente catapultó a Murena a un lugar de reconocimiento temprano. En aquel ensayo publicado en la revista *Verbum* del Centro de estudiantes de Filosofía y Letras, un joven Murena reclamaba el surgimiento de una figura que, como Sarmiento, quisiera hacerse cargo de ese pecado de origen para construir desde él. No alguien que se afirmara en el mal (como los caudillos, recordemos, publica esto en 1948) pero tampoco alguien que le negara existencia. Excéntrico en el centro, Murena reivindica a Marechal en *Sur*, junto con Martínez Estrada, Roberto Arlt, Horacio Quiroga y Florencio Sánchez; discute con los martinfierristas (y con Borges, por elevación), elogia a Mallea por una última novela menor en desmedro del resto de su obra. Emir Rodríguez Monegal lo sitúa como el iniciador de la generación de *Contorno*, de vital importancia para entender la ensayística de este período, y que se constituye en oposición a *Sur*. Andrés Avellaneda lo ubica como emergente de un conjunto de escritores que encarnaban el habla de ideología antiperonista. El ensayo de 1957, aislado, vertebró estas producciones que

rozan el peronismo sin enfocarse en él como centro excluyente de las preocupaciones del escritor. Sin ser completamente marginal respecto de la obra del escritor, el peronismo y Murena pueden pensarse por analogía con el concepto matemático de tangente: se tocan quizás en un solo punto, se acercan a distancias infinitesimales en algunos más, y se distancian a partir de allí en preocupaciones divergentes. Se acerca, impacta quizás una vez con certeza, se vuelve a alejar. De todos modos habría preguntas interesantes para pensar el aporte de Murena a una problemática con la que se relaciona de este modo. Pensamos, por ejemplo, en la que tiene que ver con esa falta de ubicuidad en la discusión sobre el peronismo, que vuelve a presentar esa relación dialéctica entre acierto y silencio, entre la decisión de decir y la de callar antes de tiempo, entre el diagnóstico y la inmovilidad. Murena propone hipótesis interpretativas del ser americano, reformula hipótesis ajenas en términos de generación (se autodenomina discípulo de Martínez Estrada, por ejemplo) y de traducción (por ejemplo su temprano trabajo con la obra de Walter Benjamin y con la Escuela de Frankfurt), pero no pasa esa instancia. No desarrolla a fondo esos postulados, no hay programa, no hay posicionamiento definido. Lo que plantea en un ensayo lo continúa con divergencias en otro, lo contradice en una novela y lo saca de foco en una reseña posterior. El gesto que veíamos en aquellos textos tempranos hace bascular sus ensayos sin posicionamiento definido, contradictorios e imprecisos, contra un corpus que se podría proponer apodíctico y definitivo, a costa de silenciar sus propias dudas. Murena escribe incómodo y con el objetivo de incomodar. Aunque es ocasional y no central, en la obra de este escritor, este fenómeno político que nos ocupa no es una excepción a esa incomodidad. Tenemos la impresión de que esa palabra desorientadora (y por momentos desorientada) de Murena ilustra una parte importante de la compleja relación entre los intelectuales y el peronismo. De hecho, creemos que el peronismo interpela hasta la desorientación a la producción intelectual argentina al proceder de múltiples maneras simultáneamente, apropiándose discursivamente de las buenas intenciones respecto de las fuerzas populares, siendo axiológicamente conservador, y sosteniéndose con prácticas políticas que por momentos se asimilan a los totalitarismos europeos, pero en general continúan muchas de las ya impuestas por gobiernos anteriores en Argentina. En su ensayo de 1957 Murena presenta una afirmación que se acerca a una de *Contorno* del mismo año. Precisamos, en la revista de Viñas se afirma que el peronismo era una excusa para postergar ciertas discusiones. Murena señala que con la caída del peronismo muchos dejaron de escribir (entiéndase, de pensar) para dedicarse a la propaganda. Escribir para

pensar, a riesgo de la contradicción, el fracaso o el silencio: de todos modos, quizás todos los tiempos, más allá del peronismo, hayan sido igual de complejos para la relación entre escritura y política en la Argentina, y el horizonte de un escritor no pueda pretender escaparse de alguna de esas opciones, a riesgo de traicionar la función del hombre de letras. Murena no aclara: difumina, expande, oscurece; afirma en un texto lo que niega en otro y, de ese modo, cada tanto, señala también los puntos ciegos de los ensayistas más esclarecidos, más convencidos, mejor posicionados y más eficaces que escriben sobre el peronismo. Desde ese lugar tangencial, incómodo, crispado, ambiguo y provocador, la voz de Murena asoma como una posibilidad de vislumbrar la complejidad del campo de discusiones a contramano, por una calle lateral, armado con una linterna ciega y arbitraria, señalando a los que discuten más que a lo que está en discusión. Desde esa tangente también puede iluminar con precisión y certeza.